

UN PARTIDO MUERE Y OTRO APUNTA

Mientras un partido —la Democracia Cristiana— sienta en estos días las bases de su extinción, otro —un nuevo partido socialista— prepara las de su nacimiento.

La desaparición de la DC refuerza al Partido Popular de Fraga. Las gestiones para que surja otra organización política socialista debilitan en principio el crédito del PSOE felipista.

Es más fácil la muerte de la DC que la vida de otro partido socialista. La primera está rodeada de augurios abrumadores. La segunda tiene que vencer obstáculos importantes, fundamentalmente la de completar un proceso en el que entran todas las complejidades propias de un conjunto de dificultades materiales e ideológicas.

La Democracia Cristiana ofrece todos los síntomas de fraccionarse en tres bloques: el de los militantes partidarios de ingresar en el Partido Popular, el de aquellos que prefieren incorporarse al CDS y el de quienes carecen de destino claro y se disponen a permanecer junto a Javier Rupérez, el presidente del partido, todo el tiempo que tarde la DC en rendirse a su fatal destino.

Los demócratas cristianos son como los judíos antes de constituirse el Estado de Israel. Van solicitando hospitalidades por doquier, pero no en todas partes son recibidos. Con sus señas de identidad ideológicas trasvasadas al refundado partido de Fraga, muchos de ellos desembocan ahora en la indigencia política, mientras la Internacional a la que pertenecieron, y en la que continúan ahora de precario, ultima los trámites de un traspaso humillante.

La aventura demócrata cristiana termina prácticamente en España cuando más

ltas parecían las ilusiones del partido, o de sus dirigentes, para acudir con las siglas DC, por vez primera y sin embozos, a la competición electoral. Ha bastado la

transferencia ideológica antes comentada para que el partido se haya sentido vacío de esencias y en trance de despoblación. Ahora asistimos al espectáculo de la recolocación de los últimos «tripulantes». Personas como Íñigo Cavero, Modesto Fraile, Juan José Pérez Dobón, Pilar Salarrullana, Lina Ortas, Manuel Núñez, entre otras, se convierten momentáneamente en incógnitas respecto a su definitivo aterrizaje político. Javier Rupérez ha tocado el silbato de la dis-

persión, sin ofrecer para nada ejemplo de resistencia, aunque ahora le toque apagar la última luz de las oficinas.

En lo que afecta al nuevo partido socialista proyectado fundamentalmente por Alonso Puerta y Pablo Castellano, nada más natural que esa tendencia a cubrir un vacío socialista causado por la hegemonía del felipismo. La descapitalización ideológica del PSOE no ha podido ser compensada por Izquierda Socialista, que más que corriente dentro del partido es un regato sin caudal suficiente para fecundar la mínima fracción de su entorno. Ahora bien, que no venga en este momento Pablo Castellano, antiguo jefe de filas de aquella corriente, diciendo que Izquierda Socialista sólo sirve para decorar el PSOE felipista. Eso ya ocurría cuando Castellano pertenecía al partido. Pero entonces le convenía mantener la «coartada» que ahora denuncia.

